

PASTELERIA de BLAZY

Vejas postales descoloridas

por *Federico Villoch*



VAMOS a endulzar el momento, que es de por sí bastante amargo, hablando de pasteles.

Siempre que asistimos a una fiesta; boda; bautizo; onomástico; nombramiento de un alto puesto administrativo; triunfo de un candidato político; y nos presentan una bandeja colmada de exquisitos dulces y pasteles, nos acordamos de la antigua y ya desaparecida pastelería de «Blazy», de nuestro tiempo: la vejez tiene doble vida: la del presente; y la del pasado; a no ser que se trate de uno de esos iconoclastas de senta y pico de años que se tiñen el pelo... y el cerebro.

Allá por los años de 1883-84, 85, etc, era la de «Blazy» la única o por lo menos, la más conocida y acreditada pastelería francesa que había en la Habana.

En el frontis de la puerta de entrada se leía sobre fondo azul y en letras doradas su nombre: «Blazy», en una pequeña acquería de la calle de Obispo; al lado de la entonces droguería de Thomson, que años después se trasladó a la esquina de Aguiar; dejándole el local a la de Taquechel que es la que actualmente la ocupa. Blazy

era un francés rubio; de cara amplia y siempre sonriente; bigotito de punta engomada; un verdadero tipo de pastelero de opereta bufa. Hablaba el castellano con marcado acento francés, y lo mismo el inglés y el italiano, pues también eran asiduos concurrentes de su pastelería, como los cubanos y los españoles, los súbditos de esos países; y no digamos la colonia francesa, cuyas más altas representaciones acostumbraban a reunirse por la tarde en el reducido local de su conciudadano.

Por el tamaño del establecimiento; por la disposición de su interior; por la concurrencia siempre numerosa que allí se veía; por la asiduidad de su propietario y otros detalles semejantes, la pastelería de «Blazy» venía siendo el «pendant» del Néctar Soda: el Decano de San Rafael. Cuando venían a Tacón las compañías de operetas francesas que contrataba el famoso empresario Mer Mauricio Grau, solían visitar la pastelería, por la tarde, los artistas de aquéllas; sobre todo los del elemento femenino: allí se veía a Mr. Blazy en lo suyo, más acaramelado y dulce que sus sabrosos pasteles, obsequiando a Paola Marie; la Theo, la Judit, etc.

1.-Este movi...
2.-Soatenem...
3.-Propugn...
4.-Recabam...
5.-Proclama...
6.-Juzgam...
7.-Requerim...
8.-Respetam...

Uno de los que iba con frecuencia a la pastelería de «Blazy» era González Lanuza, entonces joven estudiante en la Universidad de O'Reilly; y ya destacada persona

de buen gusto y de conversación aménisima. A veces lo acompañaban Méndez Capote, Frias, Manduley, y no muchos más, porque la pastelería de Blazy no tenía nada de moderada en sus precios: el pastelillo más barato costaba diez centavos billete, cinco en plata; aún no había asomado su cara grasosa la calderilla.

También eran marchantes de Blazy los estudiantes del Instituto de segunda enseñanza, que se hallaba un poco más adelante, en la acera de enfrente; los estudiantes de posición desahogada se entiende, porque los pasteles de Blazy no eran baratos, como dijimos; y precisamente eso era su mayor atractivo, en aquel tiempo en que aún preponderaba la ostentación y el fausto criollo. Y por eso comprarlos resultaba una nota de buen tono para muchas personas.

Eran célebres los pasteles de «Blazy». Abría su pequeño establecimiento por la mañana, a las ocho; y por la tarde, a las dos; y podía asegurarse que poco más o menos, a la hora de abrirlo ya estaban vacías y agotadas todas las bandejas puestas al servicio público, dedicándose entonces al despacho de las casas particulares y a los establecimientos que le hacían numerosos encargos.

— Cuando la Infanta Eulalia estuvo en la Habana, todos los días el Gobierno General la obsequiaba con una bandeja de pasteles de

«Blazy»—ya entonces este había traspasado la casa a un su paisano— y la Princesa, que indudablemente era de gustos refinados, declaraba que ni en París había comido mejores pasteles que aquellos. Decía que en la «Deuda Colonial Española», figuraban aun sin pagar los pasteles que le servían a la Infanta. Si a eso vamos, es muy posible que aun se le deban a los descendientes de los siboneyes—los indios de Yateras— las tortas de casabe con que el Gobierno de aquellos obsequiara a Colón el día de su primer desembarco. Parece, pues, que la fama de «cabas» nos viene desde el periodo colombino. Tal vez haya de entonces bonos de O. P. que liquidar.

Los pasteles de «Blazy» se distinguían enseguida por su esmerada fabricación francesa. Consti-

tuían el presente más fino y delicado en los onomásticos, las bodas y los bautizos. La cajita con el nombre de «Blazy» en la cubierta era una garantía, así de la excelencia del regalo, como del buen gusto del obsequiante. Los coches particulares se agrupaban en la plazoleta del Ayuntamiento esperando a sus dueños, a quienes acababan de dejar en casa de «Blazy». El famoso pastelero no dejaba de asistir una noche al teatro «Tacón», en las temporadas de ópera italiana o francesa. Se le veía en el escenario entre los artistas, siempre riendo; y luego en el patio de lunetas y en el vestíbulo, conversando alegremente con la distinguida concurrencia, entre la cual se tenía en gran estima la opinión artística del exquisito dulcero. Era un archivo viviente de todas las artístas y cantantes franceses que habían pasado por

la Habana; sabía su paradero; conocía sus triunfos y si aún trabajaban o se habían retirado ya del teatro. La pastelería de «Blazy» podría decirse que era un sitio de alta distinción. Teníase la seguridad de encontrar siempre allí algún representante de la mejor sociedad habanera. Indudablemente «Blazy» llegó a reunir un capital de importancia; era soltero y se le sabía hombre de morigeradas costumbres y buena conducta. Un día, aquel rostro francés siempre sonriente, empezó a ponerse triste; amenguó su conversación que siempre había sido amena y un tanto ruidosa; su actividad en el negocio empezó a decrecer visiblemente; y al fin sorprendió a sus amigos y a su numerosa clientela con la noticia de que por razones de salud veíase obligado a retirarse del país por algún tiempo, traspasando interinamente el negocio a un paisano suyo cuyo apellido seguramente recuerdan muy contadas personas. Se fué Blazy; y se acabó «Blazy». Podemos decir como dicen sus concludadanos: tout passe; tout lasse tout casse.

No queremos decir con esto que en la actualidad no se hagan pasteles tan buenos, ya que no superiores, a los de Blazy. Si algún «descolorido» cree lo contrario, se le puede citar lo sucedido a un viejo concurrente a las ferias de San Rafael, que se quejaba de que las torticas de ahora eran más duras que las de antes.

—Mire, veje —le dijo un amigo— las torticas son las mismas; lo que no es lo mismo es... que ahora no tiene usted dientes con que masticarlas.

M. de 21/34

1.-Este mov
 2.-Sostene
 3.-Propugn
 4.-Reocamo
 5.-Proclama
 6.-Juzgamos
 7.-Requerim
 8.-Respetam